

nos á otras regiones por en medio de las campiñas cubiertas de nieve.

Poco á poco se iban desvaneciendo las luces de la ciudad, y entre las sombras de la noche, ateridos un tanto por el viento frío que soplaba en la llanura, sentíamos cierto inexplicable bienestar. ¿Nos espantaba París con el ruido de sus fiestas y su belleza tentadora? No sabremos decirlo; pero lo cierto es que nos despedíamos de la gran ciudad, como quien se despide de la dama ceremoniosa y fría, no como quien da su adiós á la amiga candorosa que nos ha hecho alguna vez la confidencia de sus secretos y de sus ensueños, color de rosa.



Frente del Hotel de Ville
París.



CAPÍTULO IX

EL 10 de Febrero, á las ocho y media de la mañana, el tren iba entrando en la estación de Burdeos. Estábamos en una nueva ciudad y puerto de Francia que, situado sobre el Garona, lleva sus naves al golfo de Gascuña. Un puente formado por diez y siete arcos divide el caudaloso río, y desde él se descubre un soberbio panorama: multitud de embarcaciones surcando las aguas y en ambos lados elegantes edificios coronados por altísimas torres.

Burdeos es el centro de un departamento vinícola por excelencia. Cuando se nos hacía el elogio hiperbólico de sus vinos, juzgándolos por los que en México habíamos probado, poníamos en duda su bondad; pero una vez que los saboreamos allí mismo donde se ela-

boran, tuvimos que confesar ingenuamente que no tienen rival. Casi todos los buques anclados en el puerto llevan esos vinos á Inglaterra, los Estados-Unidos, Alemania, Rusia y casi todos los países de Europa y América, haciendo de ellos, sino el único y exclusivo, por lo menos su principal comercio.



BURDEOS.

No teníamos que permanecer en la ciudad más que algunas horas, de suerte que procuramos aprovechar el tiempo lo mejor posible. En el acto nos fuimos al centro de la población para formarnos de ella una idea en lo general, y lo cierto es que la encontramos mucho más notable de lo que habíamos supuesto.

Oimos Misa, por ser domingo, en la iglesia de la Santa Cruz, construcción del xi siglo, con sus pesadas torres cuadrangulares y su interior que conserva toda-

vía señales de su antigüedad. En seguida nos dirigimos á visitar otros templos, como el de San Miguel, el primitivo de la ciudad del que forma parte, no obstante hallarse separada, una hermosísima torre de orden gótico en que las piedras han sido labradas con sin igual primor. De allí pasamos á la iglesia del Sagrado Corazón, que cuenta entre sus obras de mérito con un Vía Crucis muy bien trabajado. Bellas en sumo grado son las torres de la iglesia de San Andrés, y su nave interior es digna de verse por la corrección de las curvas que en arcos y columnas presenta al espectador. Pero lo que en Burdeos tiene que llamar particularmente la atención, es el arrogante pórtico de la iglesia de Saint Seurin, con un lujo de relieves y estatuas que la colocan sin duda alguna como rival, en su género, de los más suntuosos templos de Europa.

Respecto de los demás edificios deben hacerse notar, el Teatro con sus magníficas columnatas, el Palacio de Justicia y las Puertas del Gran Reloj y del Palacio, con marcado sello de antigüedad; pero á la vez de una elegancia suprema. Frente al muelle de Luis XVIII, se alzan dos grandes columnas adornadas de trecho en trecho con triremes figuradas de piedras, y en el centro de una suntuosa avenida el monumento de los Girondinos sobre un zócalo de piedra con escalinatas de mármol, y bajo éste dos fuentes con grupos alegóricos de dioses mitológicos, caballos marinos y tritones.

Una de las cosas que más llama la atención de todo el que visita á Burdeos es la extensión de sus plazas, que contribuye mucho á dar realce á los edificios levantados en ellas. Hay además bonitos jardines públi-

cos. En uno de ellos tocaba, la tarde que allí estuvimos, una banda militar, y entre las columnas del puerto y el monumento á los Girondinos, en un hipódromo improvisado, se verificaron carreras de caballos. Aunque de paso, la visita á Burdeos nos dejó agradabilísima impresión.

Esa misma noche tomamos de nuevo el tren que, después de molestos trasbordos, nos dejó antes de que amaneciese el siguiente día, en la estación de una tierra bendita á la cual deseábamos llegar con ansia, á Lourdes. Era el aniversario de la primera aparición de la Virgen Inmaculada, y así lo anunciaban las luces encendidas en la cima de la montaña, que se divisaban desde lejos como un arco de topacios.

La aurora coloreó el firmamento azul como turquesa y á sus fulgores el paisaje se vió enteramente cubierto de nieve. Nos hallábamos á un lado de la formidable fortaleza que, como viejo castillo feudal, parece un centinela que vigila el risueño valle colocado á la falda de los Altos Pirineos y regado por el murmurante Gave que se desliza entre rocas y menudas arenas.

En 1858, cuatro años después de la declaración dogmática, como es bien sabido, dignóse aparecer en una gruta la Inmaculada Virgen María, hablando el más tierno y amoroso lenguaje á Bernardita, candorosa pastorcilla que cuidaba su rebaño por aquellas colinas santificadas desde entonces. Brotó la maravillosa fuente y desde aquel instante cuantos bebieron sus aguas y se lavaron en ellas encontraron la salud perdida, y uno tras otro se sucedían prodigios á las inmediaciones de la gruta. Y los que contemplaban á la humilde Bernar-

ditada orando, imitaban su ejemplo, y muy pronto las rocas del Massabielle eran el centro de piadosas romerías.

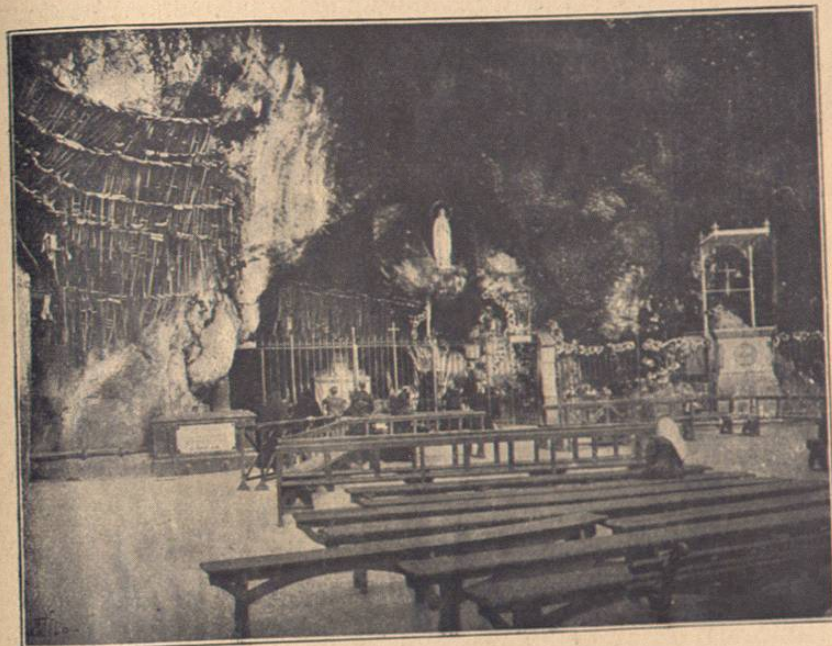
La humilde pastora es tenida por visionaria, y habiendo intervenido la autoridad civil se la quiere encerrar en un manicomio; pero á ello se opone con toda la energía del que defensa la inocencia el abate Peyramale, párroco de Lourdes. Toma cartas en el asunto el sabio y prudente Obispo de Tarbes, Monseñor Laurent, y después de informaciones minuciosas y de numerosos testimonios dignos de fe, se confirma el prodigio, y una vez confirmado se emprende la edificación del templo en honor de la Santísima Virgen María.

El gran Pío IX aprobó el culto á la Virgen de Lourdes; Enrique Laserre con pluma de oro escribió su historia, y lo que es más, *ex-votos* innumerables de aquellos que se vieron sanos acudiendo fervorosos á la Salud de los enfermos, pregonaron las gracias que habían recibido, y de todas partes del mundo han llegado al santuario piadosas peregrinaciones.

No tratamos de repetir lo que han escrito ya plumas autorizadas; vamos tan sólo á referir las impresiones que nos produjo el hecho de hallarnos en Lourdes, soñado paraíso que anhelábamos visitar. Lo primero que vimos al salir el sol fué un grupo de niñas vestidas de azul, llevando la cabeza cubierta con una toca blanca que tenía la forma de la que usaba Bernardita. Aquellas almas puras guiadas por las hermanas de la Caridad iban á presentar sus homenajes de amor á la Reina de los cielos, en el fausto día en que el pueblo creyente conmemoraba su aparición primera. ¡Bellísimo grupo aquel que no se borrará de nuestra mente!

Lourdes, en la actualidad, se ha transformado en una población pintoresca. Rodeada de montañas deja ver en desorden su caserío á manera de *nacimiento*, de esos que son en la Navidad el encanto de los niños. El Gave, que se atraviesa por un pequeño puente, arrastra por el valle sus aguas rumorosas, y completa el cuadro la colina donde hoy se encuentra la basílica. Pasado el puente se llega á un extenso jardín formado por elegantes camellones, en medio de los cuales aparece el Arcángel San Miguel, venciendo al infernal dragón; sigue después un gran Crucifijo; más allá una cruz de hierro, y por último una imagen escultural de María Inmaculada, coronada de estrellas. A la derecha hay un edificio destinado á albergar á los peregrinos pobres. Al frente se halla la santa colina á la que se sube por dos escalinatas y por dos rampas simétricas que forman un semicírculo ascendente accesible á los carruajes. En la parte baja se halla el templo dedicado á la Virgen del Rosario; en el intermedio la cripta que sirve de parroquia y arriba la grandiosa basílica con su fachada de orden gótico que tiene al frente un retrato de Pío IX, un reloj y una esbelta torre. El interior del templo es bellissimo: sobre el altar mayor, entre adornos blancos y azules, se ve la imagen de la Inmaculada Concepción, tal como se apareció á Bernardita. En la parte alta, alrededor de la cúpula, se ven muchas banderas, y nos dió gran placer contemplar entre las de América nuestra querida enseña tricolor. En todos los tres templos de que antes hemos hablado, cubren los muros placas de mármol y *ex-votos* que de una manera harto elocuente publican los beneficios otorgados por la Virgen María.

Subiendo el cerro, á la izquierda, se ven las estaciones del Vía Crucis, que van á terminar en la cima donde se levanta una grande imagen de Jesucristo Crucificado. Cuando el viajero se halla frente á la basílica puede dirigirse á la gruta ó bajando por una escalinata



GRUTA DE LOURDES.

cubierta, ó por un sendero que sigue en zig-zag uno de los flancos de la montaña, sombreado por árboles frondosos. Si está en la plazoleta donde termina el jardín debe tomar hacia la derecha la calzada que costea uno de los bordes del Gave.

Hemos llegado frente á la gruta: en un hueco de la parte alta se ve con su vestidura blanca y azul la ima-

gen de María; arden allí constantemente cirios y velas de todos tamaños que han ennegrecido las rocas con el humo; aquellos muros ó mejor dicho, aquellas toscas piedras se hallan tapizadas de muletas y de muchos *ex-votos*, como testimonio de las curaciones allí verificadas, y cubre la entrada de aquel recinto una verja de hierro. En frente, al aire libre, se han colocado bancas de madera que dan al paraje todo el aspecto de un templo; á la izquierda, manando de las peñas, cae el agua prodigiosa por tres conductos, y á la derecha está el púlpito donde suben los sacerdotes á predicar ó á rezar el rosario. Volviendo hacia el frente de la plazuela se pasa por la piscina, dividida en dos departamentos, para hombres y para mujeres. Muchos son los que allí van á lavarse, recordando las palabras que dijo á Bernardita la Santísima Virgen: «*Vé á la fuente, bebe el agua y lávate en ella*».

Pero decíamos que habíamos llegado delante de la gruta donde se verificaron las apariciones ¿Con qué frases podremos explicar las emociones que allí nos fué dado sentir? ¡Ah, no hay palabras que puedan traducir fielmente los sentimientos del alma!

Estábamos dentro de un templo colosal, inmenso; la gruta con sus rocas desnudas servía de altar y de baldaquino rústico á la santa imagen de María; formaban los muros del santuario las altivas montañas de los Pirineos; sus bajo relieves estaban figurados por grupos de casas pintorescas; la fuente del agua bendita manaba de las rocas; los rumores del Gave y de las frondas semejaban una música misteriosa; los pajarillos revoloteando creeríanse los cantores, y la bóveda azul

del firmamento era regia techumbre de la cual pendía el sol como grandiosa lámpara encendida.

¡Qué sublime, qué arrobador, qué inefable bienestar se siente allí, elevando plegarias á la Virgen María, en el vasto templo que le ha formado la espléndida naturaleza de aquellos sitios!

A la función solemne que se verificó en la basílica se dignó asistir Monseñor el Obispo de Tarbes, tanto en la mañana como en la tarde. A pesar del tiempo desapacible y frío, el templo no podía contener á todas las personas que concurrieron á la festividad. Sin embargo, lo que no tuvo ni tendrá comparación muy fácilmente, fué el ejercicio piadoso que se verificó en la noche.

Serían las ocho cuando toda la fachada de la basílica, la cripta y la iglesia del Rosario, se iluminó con innumerables focos eléctricos, como por encanto, produciendo un maravilloso conjunto. Entretanto, se reunían en la gruta sacerdotes y seglares, mujeres y niños, hermanas de la Caridad y educandas suyas, marchando luego en ordenada procesión hasta el frente del templo del Rosario, cantando durante todo el trayecto y llevando velas encendidas á las que servía de pantalla un papel blanco pintado de azul con la imagen de la Virgen María y la vista de la basílica. ¡Qué cantos tan tiernos y conmovedores!

Cuando la procesión llegó frente al Rosario, un fervoroso sacerdote rezó el *chapelet* compuesto de cuatro *Padre-nuestros* y doce *Ave-Marías*, dividido en partes como las del rosario, y al fin de cada uno cantaba un coro acompañado por el *armonium*, salmos y motetes.